

Un buen libro, a pesar de todo

Tú, que deliras

ANDRÉS ARIAS

Laguna Libros, Bogotá, 2013,
341 págs., il.

EN LA portadilla del libro *Tú, que deliras*, de Andrés Arias (Bogotá, 1977), editado por Laguna Libros, dice después del título: “Una novela sobre la vida de Carolina Cárdenas, *Miss decó*”. Aunque se presenta como una novela, el libro está incluido (escrito abajo, en la misma página, con el sello de la editorial) en la Colección Laguna Crónica 6. Y ello puede verse como una contradicción. Novela y crónica, simultáneamente.

El texto es una historia cuyos personajes, todos, son reales y se mueven en un tiempo también real. Excepto Juan Fernando Serrato, joven periodista amigo de “todo el mundo”, quien lleva el hilo de la narración y en varias ocasiones se refiere a que ha escrito la historia no sabe por qué, ni para quién (un truco como cualquier otro, aunque un poco flojo, vale decir). Pero la narra y lo hace en primera persona, es decir, él es el vehículo en el que pasan todas las vidas que hay en el libro.

Ese personaje, inventado por el autor, le da el carácter de novela al relato, el carácter de ficción porque, por lo demás, todo parece, en efecto, una crónica acerca de la vida de Carolina Cárdenas (Bogotá, 1903-1936), famosa en esos años veinte y treinta del siglo xx por ser una mujer elegante, educada en Europa, de gustos refinados, artista —aunque no era la única—, de una belleza extraordinaria, de ideas sueltas y liberales, en medio de un sofocante medio de poses, apariencias y conservadurismos religiosos, morales y políticos. Para muestra de esto último, un botón: Laureano Gómez ejercía la crítica de arte desde su periódico *El Siglo*.

Entonces, uno vuelve, después de cierto momento de la lectura, sobre ese detalle: ¿ese libro es una crónica o es una novela? Entre otras cosas, la publicación viene con fotografías de la protagonista hechas por Sergio Trujillo y con retratos pictóricos, cuyo autor es Francisco Antonio Cano; además,

lleva otras fotografías e ilustraciones de diversa índole, de modo que no deja de ser extraño que estas imágenes sean parte del contenido de una novela, más propias, claro, de una crónica.

Alguna crítica reciente en el país denostó el libro, quizás por la contradicción que digo, y le ha dado poco crédito a la manera como Arias encamina el relato. Plano, contradictorio, casi sin imaginación, demasiado apegado a los hechos, descriptivo: es parte de lo que le achacan. Yo creo, por el contrario, que es un libro (no me detengo más en si es una novela forzada o si una crónica hecha y derecha —no en vano el autor se inventa a un periodista para relatar la historia—), producto de un gran esfuerzo narrativo, no solo por la investigación que significa la reconstrucción de ese ya distante tiempo, sino que allí están todos esos personajes que son los protagonistas, muy importantes, de una época de nuestro país y, por supuesto, de nuestro arte. De la historia de la crítica del arte y de la cultura colombiana.

A instancias de Carolina Cárdenas, como digo, Juan Fernando Serrato le da al lector el acontecer artístico de un grupo que se dio en llamar La generación Bachué, compuesto por Rómulo Roza, Josefina Albarracín, Ramón Barba, Hena Ramírez, Elisa Mújica, Sergio Trujillo Magnenat y la misma Carolina Cárdenas (pero también Luis Alberto Acuña, Pedro Nel Gómez y algunos más), todos, en torno a la Escuela de Bellas Artes de Bogotá.

Artistas acuciosos los de ese grupo, entusiastas, estudiosos, rigurosos, no solo enamorados de su oficio, sino que, también, adelantaron una obra fundamental (unos mejores que otros, como ocurre siempre) cuando, en un país y en una sociedad mojigata y conservadora, pensaron que había que hacer un arte enraizado políticamente en la tierra, en la identidad, en la rebeldía, en la libertad. Y levantaron ampollas.

Un texto titulado “Monografía del Bachué”, publicado en el periódico *El Tiempo* el 15 de junio de 1930 y firmado, entre otros, por Hena Rodríguez, Darío Samper y Darío Achury Valenzuela, decía:

Ya es hora de que le demos un adiós a Europa y enfoquemos toda nuestra atención hacia el trópico, porque solo reencarnando el ayer, y defendiéndolo

con un crudo nacionalismo, podremos salvarnos de la europeización que acabará por mediatizarnos y reducirnos a un vasallaje ignominioso.

Puede ser que, pasados los años, pronunciamientos así puedan tildarse como provincianos y nacionalistas, pero opinar sobre ello requiere, a todas luces, poner en contexto ese pensamiento. Con todo y lo que hoy se pueda decir, la verdad es que esos artistas estaban haciendo algo importante en arte: a la vez que se preocupaban por estudiar y ser muy buenos técnicamente, pensaban en que el arte tenía que servir, también, para reivindicar a ese amplio sector de la sociedad que en Colombia siempre ha estado al margen de las formas dignas de la vida, por ejemplo.

Marta Traba, la muy conocida y todavía muy acatada —con toda razón— voz crítica de arte por las academias, los medios de comunicación y la intelectualidad artística del país, se encargaría de denigrar en su momento al “Grupo Bachué”, de endilgarle a sus integrantes que estuvieron por fuera de las vanguardias que el arte exhibía en esa época en otras partes del mundo, etc. Y porque se ocuparon, conscientemente, de lo social, de lo indígena, de lo precolombino, de lo campesino, de lo mitológico. Crítica injusta y equivocada. Como si esos artistas no hubieran aportado nada a la historia del arte de nuestro país. Pero, claro, esos son planeamientos de grueso calibre y no es aquí donde se irá a desarrollar (ni yo el que lo haga) una vez más ese debate.

En la novela, como lo he dicho, Carolina Cárdenas es la protagonista. En la Bogotá de los treinta (que para la época contaba con unos 250 mil habitantes), se le llama *Miss decó*, dado que, como estudió en Londres, donde pasó parte de sus años de adolescencia y juventud al lado de sus abuelos, se aficionó al arte y, más concretamente, a la escuela denominada Art Decó: el arte decorativo y el diseño industrial, en los que imperan la belleza y la elegancia (en el vestido, en el mobiliario, en la arquitectura), sin importar, en apariencia, nada más.

Cárdenas despliega el gusto y los conocimientos aprendidos en Europa. Es una mujer joven, bella, de familia

adinerada, exquisita en el vestir y desinhibida. Y es debido a esto último que no siente ningún enfado al usar tocados como sombreros, vestidos elegantes e inusuales en su medio, lo mismo que al fumar y al hablar sin restricciones. Es el centro de atracción tanto en el círculo de amistades más íntimo, como entre las gentes del común y los medios de comunicación que daban cuenta de las costumbres de ciertos círculos sociales de la capital.

El hecho es que la historia de *Tú, que deliras* (frase que es parte de una canción que le gustaba mucho a Carolina Cárdenas y que una vez, borracho, Juan Fernando Serrato le cantó en una serenata) transcurre, básicamente, entre los muchachos que componen aquel grupo Bachué: sus relaciones familiares, sus enamoramientos, sus estudios en la Escuela de Bellas Artes, sus exposiciones, sus ganas de triunfar y de imponerse en el medio artístico del país. Pero teniendo como centro de todo a Carolina Cárdenas, dado que Juan Fernando Serrato, el narrador, se va enamorando de ella.

Juan Fernando es apenas uno de los que, después de profesarle admiración por su posición social, su lenguaje desprovisto de adornos y falsas correcciones y su belleza, termina casi adorándola. También están Sergio Trujillo (él despuntará después como importante artista en el ámbito nacional), quien la ama más que nadie, quizás, y también se le declarara en más de una ocasión, llevándose la misma respuesta: imposible. Y Hena Rodríguez, también relevante artista pasado el tiempo, a quien no le importó que el suyo fuera un amor homosexual (eran parte, como se ha dicho, de un grupo avanzado ideológicamente, con ideas que estaban contra los prejuicios acostumbrados por la sociedad a que pertenecían).

Otro enamorado de Carolina Cárdenas fue el médico Jaime Jaramillo Arango, este sí de la alta sociedad bogotana, que fue ministro de Educación y desempeñó, en general, altos cargos en el gobierno. Con él, terminó casándose en 1932, aunque su matrimonio duró apenas una semana por motivos que son aún un misterio: se dijo que Jaramillo Arango era algo así como un maniático sexual en la intimidad y que Carolina no soportó la situación.

También, que Carolina era incapaz de comportarse sexualmente con un hombre por estar muy definida su faceta homosexual. Todo ello dicho por el narrador Juan Fernando Serrato, que es quien recoge unos y otros rumores (en este y en muchos otros sentidos) tanto de la calle, como de los comentarios entre los amigos de Carolina Cárdenas.

Carolina tiene un largo período de depresión y se encierra en su casa. Después, vuelve a su vida normal, trabaja en el Ministerio de Guerra dadas las penurias económicas que para ese entonces sufre su familia (es la famosa crisis de los años treinta en Colombia) y luego se “enrolla” con Hena Rodríguez (el libro no detalla ningún idilio entre ambas, pero transcribe diálogos entre Juan Fernando Serrato y Carolina Cárdenas que evidencian sus relaciones amorosas), quien viaja a estudiar y a trabajar a España y, al año de estar allí, le dice a Carolina que viaje y la acompañe. En ese plan y ese sueño está Carolina Cárdenas cuando, de improviso, muere silenciosamente en 1936, casi sin que nadie se dé cuenta, seguramente de una grave meningitis.

Un buen libro, pues, que me suscitó un renovado interés por aquella generación Bachué y logró, también, presentarme a Carolina Cárdenas como una persona muy singular en la casi siempre chata y predecible historia de los personajes de nuestro país. Murió de solo 33 años, quizás porque “los dioses los prefieren jóvenes”.

Luis Germán Sierra J.